

*Recuerdo San Fco.
vive / 74*

Hermanos:

Nos hemos reunido esta tarde por una razón de amistad y de fe.

Más allá de todas las posturas o discrepancias políticas, más allá de la distancia impuesta, que nos duele, están y seguirán estando nuestra amistad y nuestro aprecio por Don Bernardo y la Sra. Anita.

Por eso nos afecta lo que han sufrido.

Porque son seres humanos como nosotros y nunca aceptaremos que se atente contra la vida de nadie y en ninguna forma, porque como cristianos somos unos enamorados de la vida.

Porque son nuestros amigos, porque les hemos conocido en su bondad sin límites, en su actitud permanente de acogida para todos, en su búsqueda incansable del diálogo y del entendimiento verdaderamente humano, contrarios, por lo tanto, a cualquier forma de violencia.

Porque hemos conocido su espíritu desprendido y generoso. Porque han amado a los pobres, como lo hizo el mismo Señor, y han vivido pobremente como verdaderos discípulos del Evangelio.

Todo ello, y mucho más, hizo crecer y alimentó una amistad muy profunda, donde toda discrepancia encontró siempre cabida, porque siempre hubo fe en el otro, capacidad de creer en el ser humano, respeto permanente e irrenunciable aun ante los ataques más bastardos.

Nos reúne también la fe. Esa fe que en muchas Eucaristías compartimos con ellos. Esa fe que se nutre de la experiencia del amor gratuito y primero de Dios y que, a la vez, sólo reconoce sus límites en los horizontes siempre abiertos de la esperanza.

Es la fe por la cual, de algún modo, nos adueñamos de la voluntad misma de Dios, de su fuerza y su poder.

El mismo Señor nos lo ha dicho: "Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea completo", fe capaz de mover las montañas.

Es con esa fe con la que hoy queremos acercarnos a nuestros hermanos. Confiados en el poder de la oración queremos pedirle al Señor por la salud y pronta recuperación de estos amigos que están lejos en el espacio geográfico, pero muy cerca en el espacio de nuestro propio corazón.

Y, por lo mismo, por esa cercanía que sabemos verdadera y reconocemos como legítima, nos reunimos sin temor en la casa del Señor para dar nuestro testimonio de amistad.

Porque creemos en el Amor, pensamos que la amistad ennoblece al hombre. La nuestra, con Don Bernardo y la Sra. Anita es muy particular, pero no es tampoco selectiva ni excluyente. Aquí mismo proclamamos que, en virtud de nuestra fe en el Amor, no estamos ni estaremos dispuestos a cerrarle nuestro corazón a ningún hombre.

Porque creemos en la dignidad de cada ser humano, porque sabemos que para cada hombre hay un lugar reservado en el corazón de Dios, pensamos que el hombre es más que una cultura determinada o cualquier ideología.

Eso le escuchamos a Don Bernardo y es lo que cada uno de nosotros asume como propio desde la letra y el espíritu del Evangelio.

Por eso nos ha alarmado el atentado que nuestros amigos sufrieron. Pocos tan ajenos a toda violencia, a toda odiosidad, a cualquier búsqueda de un poder que hubiese podido ser opresor.

Nos resulta, en verdad, sorprendente y también agobiante enterarnos de una noticia tan dolorosa y buscamos, entonces, afanosamente, alguna explicación.

Pareciéramos vivir en un mundo donde la fuerza y la violencia reclaman derechos que no tienen ni deberían tener, donde la dignidad y el respeto a la persona, obra maestra del Amor, corren los más serios peligros.

Todo ello es un desafío para los cristianos, para todos los que quisiéramos fundar nuestras vidas sobre la roca sólida del amor, para todos los que esperamos -y quisiéramos trabajar- por una sociedad verdaderamente fraternal donde el odio no tenga cabida, donde sea posible la paz.

Por lo mismo, y buscando esa explicación que nos señale, a la vez, nuestra tarea presente, es oportuno recordar aquí las recientes palabras del Episcopado Nacional, que nos hablan precisamente del Evangelio y la Paz.

Más concretamente, las advertencias que ellos nos hacen sobre los obstáculos para la paz.

Y porque su palabra es la de Obispos y porque creemos en la estructura jerárquica de la Iglesia, la recibimos y escuchamos con atención y respeto.

Porque creemos también que la proclamación de la Palabra es el anuncio de la Buena Noticia para el hombre de hoy, entendemos que la de los señores Obispos se dirige y es válida para la actual coyuntura histórica.

Señalan ellos que hay tres corrientes de pensamiento que son especialmente peligrosas para que pueda haber paz verdadera, porque, en alguna forma, todas ellas afectan a la justicia y, por tanto, a la dignidad de la personahumana.

Se trata del marxismo ateo, del capitalismo liberal y del nacionalismo desvirtuado.

Al referirse al marxismo, se refieren también al capitalismo afirmando que son correlativos, pues la injusticia no puede sino producir injusticia, de tal manera que la mejor forma de combatir el marxismo es eliminar las injusticias y los abusos del capitalismo liberal.

No se trata, en el fondo, sino de dos formas de materialismo que se encuentran en su rechazo explícito o velado de Dios y que, por lo mismo, terminan por olvidar, inevitablemente, la dignidad del hombre

No es menos materialista el patriotismo que se desvirtúa en estrecho nacionalismo, donde la palabra sólo la tienen algunos; donde quiere imponerse el silencio a todos los que, amando a su Patria, procuran servirla de maneras tan diversas como legítimas.

Cuando en una sociedad humana sólo algunos tienen derecho a la palabra y a la creación y todos los demás son silenciados y considerados como parias, empieza a producirse, inevitablemente, un grave obstáculo para la paz. Se trata de una nueva injusticia y la tentación que, por desgracia, toma cuerpo es la de responder con nuevas injusticias.

"Cuando en una familia el padre decide, manda -y eventualmente castiga- sin oír pareceres, uno sabe que la paz del hogar durará lo que dure la infancia, y el temor".

El pueblo chileno "quiere también ser oído, tomar parte en la discusión y en las decisiones que afectan a la comunidad nacional" porque secretamente intuye que cualquier silencio impuesto o cualquier exclusión injusta podrán ser causa, el día de mañana, de nuevas y dolorosas violencias.

Cuando los señores Obispos nos señalan los obstáculos para la paz nos llaman, también, a asumir nuestras propias responsabilidades para vencerlos y removerlos.

Para emprender la tarea no basta el brillo de la palabra. Es necesario el testimonio de vida del que hemos podido ser testigos todos los amigos de Don Bernardo y la Sra. Anita.

Así podremos luchar contra toda violencia, contra las violencias ideológicas, de cualquier signo que ellas pudieran ser; contra la violencia de la fuerza y de las armas que no respeta a las personas, su derecho a la Patria y a participar en la creación de su futuro, llegando hasta el atentado y el crimen.

No faltarán quienes interpreten estas palabras como políticas. Lo lamentable es que no saben qué es lo político y parecen no entender de qué se trata la moral. No sospechan siquiera -y es penoso- las consecuencias del Evangelio y la fe para la vida de la sociedad humana.

De lo que se trata, una vez más, es que como cristianos somos unos enamorados de la vida humana.

Hemos ~~creído~~ conocido y creído en el Amor que Dios nos tiene y ello nos ha hecho responsables por nuestro hermano, por todo hombre y todos los hombres, por todo anhelo y por toda legítima inquietud, por el deseo irrenunciable de participar que todos tenemos en la tarea del futuro.

Hoy recordamos a estos chilenos tan queridos y los encomendamos al amor de nuestro Padre Dios, pidiendo por su pronto restablecimiento.

Hoy, recordamos también, y delante del Señor, volvemos a asumir la responsabilidad de la fe y del Evangelio no sólo en nuestra vida personal sino también en lo que toca a nuestra tarea social.

Hoy, desde la Paz de Cristo, volvemos a enfrentarnos a cualquier violencia y a proclamar que la paz sólo podrá alcanzarse desde el amor y la justicia.

Al celebrar esta Eucaristía, daremos gracias al Señor, por su Palabra que nos fortalece y nos alienta. Al participar del cuerpo de Cristo, sabremos que todas las distancias desaparecen para el amor y la amistad.

13, October 71

Padre Recinal Cowley

www.archivopatricioaywin.com